

Miguel Ángel, el nombre que marcó su destino

Este vecino, que vive a pocas cuadras del parque de Envisado, nos cuenta cómo su vida tomó el rumbo del arte.

■ Por Dafna Vásquez
dafnav@gente.com.co

Cuando Miguel Ángel tenía 5 años su padre lo invitó a la Casa de la Cultura para presentarle una bañera metálica llena de barro. De pronto, le entregó una pequeña pelota y le pidió que elaborara un pez. El niño se sintió encartado. Sin embargo, José Horacio cogió otra para enseñarle cómo del lobo nacía una sabaleta. No se la dejó de muestra, pero le marcó el camino y le dio la libertad de que hiciera suya, como todo en su vida.

La casa de Miguel Ángel Betancur parece una galería. Está ambientada con música clásica. A lo largo del corredor, mal contadas, hay cerca de 200 esculturas en terracota y piedra. Todas las hizo con sus propias manos. Al fondo, en el patio, está su taller. Ahí se la pasa esculpiendo por lo menos 12 horas al día, pero no con almadana y cincel, como lo hacía su homónimo, Buonarroti, o él al inicio de su carrera, sino con un martillo neumático que da entre 5000 y 10.000 golpes por minuto, con esa herramienta, dice, "es mucho el tiempo y el trabajo que uno se ahorra".

Aunque la talla corre por las venas de este vecino, fue tan solo en 1973, cuando cumplió 20 años de edad, que se consagró al arte. El escultor José Horacio Betancur lo destinó a seguir sus pasos. Sin embargo, le dio a elegir su futuro: "El día de mi bautismo él me llamó Miguel Ángel Nutibara Betancur Tamayo, el primer nombre si quería ser artista y el segundo por si decidía ser bulteador".

Desafortunadamente su padre falleció muy joven, por eso nunca conoció el rumbo de sus 4 hijos, pero les dejó un gran legado, una casa idéntica a la que ahora tiene Miguel Ángel, llena de figuras. "Cuando mis nietos vienen acá juegan, se montan encima de las esculturas, pican piedra, se llenan de barro. A pesar de que no tengo muchos recuerdos de él (su padre), me imagino que así era yo". Ese interés infantil por descubrir el arte duró mientras que su madre le alquiló el taller a Óscar Rojas, discípulo de Betancur Betancur, en la Casa de la Cultura.

Cuando Miguel Ángel terminó cuarto de primaria en el Colegio Salesiano El Sufragio, se fue para el Seminario Nacional, pues su sueño era ser sacerdote. No obstante, 4 años más tarde descubrió un ser que más adelante sería su musa de inspiración: la mujer. Se enamoró y regresó a Medellín con la idea de terminar el bachillerato para estudiar Ingeniería Mecánica.

En medio de sus estudios, además de soñar con moldear el barro y tallar la piedra, conoció a Santiago Castro Agudelo, quien se convirtió en su mejor amigo y le aconsejó seguir la ruta que le marcó su padre. Gracias a Santiago, asegura, abandonó la Ingeniería e inició Artes Plásticas en la Universidad de Antioquia. Un día antes de comenzar su vida escultórica, Miguel Ángel visitó *La Bachué*, una obra de José Horacio, para contarle sobre su elección, "ahí juré que iba a ser escultor y me iba a morir a los 39 años de edad, como él", cuenta este hombre, quien, por suerte, solo pudo cumplir una de esas promesas ■

En 1982 talló una escultura en piedra en la Central Hidroeléctrica San Carlos.

"Trato de quitarle poquito a la piedra, pero que diga bastante, que haya máxima expresión de libertad".

En su página web puede conocer sobre su obra: miguelangelbetancur.com.

Es profesor de Escultura en el Museo El Castillo. También da clases particulares. Foto Donaldo Zuluaga

